

Mar
30
Sep
2014

Evangelio del día

[Vigésimo sexta semana del Tiempo Ordinario - Año Par](#)

Hoy celebramos: **San Jerónimo (30 de Septiembre)**

“El Hijo del Hombre no ha venido a perder a los hombres, sino a salvarlos”

Primera lectura

Lectura del libro de Job 3,1-3.11-17.20-23:

Job abrió la boca y maldijo su día diciendo:

«¡Muera el día en que nací, y la noche que anunció: "Se ha concebido un varón"!

¿Por qué al salir del vientre no morí o perecí al salir de las entrañas?

¿Por qué me recibió un regazo y unos pechos me dieron de mamar?

Ahora descansaría dormiría tranquilo, ahora dormiría descansado con los reyes y consejeros de la tierra que se hacen levantar mausoleos, o con los nobles que amontonan oro, que acumulan plata en sus palacios.

Como aborto enterrado, no existiría, igual que criatura que no llega a ver la luz.

Allí acaba el ajetreo de los malvados, allí reposan los que están desfallecidos.

¿Por qué se da luz a un desgraciado y vida a los que viven amargados que ansían la muerte que no llega y la buscan más escondida que un tesoro, que gozarían al contemplar el túmulo, se alegrarían al encontrar la tumba, al hombre que no encuentra camino porque Dios le cerró la salida?».

Salmo de hoy

Salmo 87 R/. Llegue hasta ti mi súplica, Señor.

Señor, Dios Salvador mío,
día y noche grito en tu presencia;
llegue hasta ti mi súplica,
inclina tu oído a mi clamor. R/.

Porque mi alma está colmada de desdichas,
y mi vida está al borde del abismo;
ya me cuentan con los que bajan a la fosa,
soy como un inválido. R/.

Estoy libre, pero camino entre los muertos,
como los caídos que yacen en el sepulcro,
de los cuales ya no guardas memoria,
porque fueron arrancados de tu mano. R/.

Me has colocado en lo hondo de la fosa,
en las tinieblas y en las sombras de muerte;
tu cólera pesa sobre mí,
me echas encima todas tus olas. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 9,51-56

Cuando se completaron los días en que iba a ser llevado al cielo, Jesús tomó la decisión de ir a Jerusalén. Y envió mensajeros delante de él.

Puestos en camino, entraron en una aldea de samaritanos para hacer los preparativos. Pero no lo recibieron, porque su aspecto era el de uno que caminaba hacia Jerusalén.

Al ver esto, Santiago y Juan, discípulos suyos, le dijeron:

«Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo que acabe con ellos?».

Él se volvió y los regañó. Y se encaminaron hacia otra aldea.

Reflexión del Evangelio de hoy

«Maldito el día en que nací»

La lectura del libro de Job y el salmo 87, son la expresión de la angustia de aquel que se encuentra en pleno sufrimiento, pues la vida y las circunstancias, le ruedan totalmente al revés.

Job en su desesperación, ya que se consideraba justo, no se creía merecedor de tantas desdichas, por eso maldice su venida al mundo y considera que Dios no es justo con él.

Siempre pensamos que nuestras desgracias nos vienen bien porque hemos pecado o bien porque Dios no protege a los buenos. ¡Qué gran error! ¿Quiénes somos nosotros para juzgar los designios de Dios?

El plan que Dios tiene trazado para cada uno de nosotros, nos resulta incomprensible desde el punto de vista humano. Los avatares de la vida, sean buenos o malos, debemos enfrentarlos con la confianza de que Dios no nos va a abandonar nunca, que siempre, lo notemos o no, se encuentra a nuestro lado.

¡Qué fácil es dejarse llevar por el desánimo!; pensar que Dios no es justo, incluso dudar de su existencia.

Miramos a nuestro alrededor, y vemos que el mundo se mueve por injusticias, las guerras en multitud de países, el hambre, la enfermedad, la envidia y egoísmo de los países ricos frente a los pobres, la corrupción generalizada en todos los órdenes, la pérdida de los valores morales, el olvido de nuestras raíces cristianas.

Ante todo esto, ¿nosotros qué?; nos vamos a dejar llevar por la vorágine del mundo o vamos, apoyándonos en el Señor, a intentar luchar contra todo esto, denunciar la injusticia, al opresor, al malversador y ponernos de parte del débil, del oprimido, del explotado y entregarnos con alma y cuerpo al otro.

Pidámosle al Señor que nos haga fuertes en la adversidad, valientes en la denuncia e íntegros en el trato con los demás, sin espíritu de la superioridad, sino de humildad, paciencia y caridad.

«No sabéis en qué espíritu sois»

En este relato de San Lucas, nos presenta el momento en que Jesús ya había anunciado a sus discípulos su pasión y les indica que el momento se acerca y deben dirigirse a Jerusalén.

Pasaban por una aldea de Samaria y los discípulos se adelantan a preparar el alojamiento en la posada, pero al enterarse que se dirigían a Jerusalén se niegan a recibirlos. Sabida eran las malas relaciones que existían en ese tiempo entre samaritanos y judíos.

Santiago y Juan, indignados, le preguntan a Jesús si quiere que hagan caer sobre la aldea fuego y los destruya; pero Cristo, dándoles una lección de humildad les dice: «el Hijo del Hombre, no ha venido a perder a los hombres, sino a salvarlos», indicándoles que con el odio y la destrucción no se adelantaba nada.

En muchas ocasiones, nosotros nos dejamos llevar por el ímpetu de la indignación y tenemos reacciones desorbitadas, frente a hechos que muchas veces carecen de importancia. Olvidamos aquello de «respirar profundo antes de responder» o «pensarlo dos veces antes de tomar una decisión» o, como también se dice, «no tomar decisiones en caliente».

Jesús nos incita a que devolvamos el odio con el amor, el egoísmo con la caridad.

San Jerónimo, que hoy celebramos, fue un claro ejemplo de hombre enamorado de Dios, que se retiró practicando una vida ascética y, sobre todo, dedicando su vida a hacer el bien y al estudio de las Sagradas Escrituras, de las que fue un eminente traductor y maestro.

Seamos, pues, vehementes en la defensa del hermano, en atenderlo y ayudarlo, no en el odio o en la violencia.



D. José Vicente Vila Castellar, OP
Fraternidad Laical Dominicana Torrent (Valencia)

Hoy es: San Jerónimo (30 de Septiembre)

San Jerónimo

Primeros años

Eusebio Jerónimo nace por el 347 en la fortificada ciudad de Estridón, entre Dalmacia y Panonia, ciudad destruida ya en vida del santo por los godos y estrechamente ligada, según parece, a la cultura latina. Su hermano Pauliniano y su hermana, más jóvenes, abrazan como él la vida monástica. Eusebio, el padre, piadoso cristiano de buena posición, le proporciona esmerada educación. De hecho, hacia el 360-67, joven aún, llegado apenas de Aquileya, cursa en Roma con excelente provecho estudios de gramática y de retórica. Bautizado en Roma por el papa Liberio, nada nos dice, en cambio, de las circunstancias que rodearon el hecho. Probó fortuna luego en Tréveris, la ciudad imperial, dejándose ganar por el ideal monástico oriental y llegando a conocer y copiar las obras de San Hilario. Vuelto con Bonoso a su patria en el 370, formó durante algunos años en torno a Valeriano, obispo de Aquileya, una piña con Rufino, Cromacio y Heliodoro que acabaría en riñas provocadas, entre otras cosas, por su afilada lengua de asceta.

Pasa más tarde a la ciudad de Antioquía, durante cuyo cisma Evagrio se había sumado a la reducida minoría ultranicena, encabezada por Paulino: en este ambiente, y tras la experiencia de Calcis, recibe la ordenación sacerdotal, aunque sin compromisos pastorales, pues Paulino buscaba adeptos y no pastores de una comunidad inexistente.

Junto al papa Dámaso

Hacia el 380, Paulino hubo de trasladarse a Constantinopla para solicitar de Teodosio el reconocimiento de su autoridad episcopal: Jerónimo se hace allí oyente de Gregorio Nacianceno, del que hereda la gran admiración por Orígenes, los secretos de la exégesis alegórica y los valores del mundo griego. Uno de sus buenos propósitos será servir de cabeza de puente entre la teología griega y la latina. Dos autores le atraen al principio: Eusebio de Cesarea, con sus trabajos históricos, y Orígenes con su exégesis: el método Orígenes, en efecto, mediante el doble aspecto de comparación del texto original hebreo o griego con las diversas versiones y de profundización en su sentido místico, dejará en él huella perdurable.

La autoridad de sus protectores orientales y el prestigio de su ciencia y su ascetismo le abrieron en Roma muchas puertas y le ganaron no pocas voluntades. El papa Dámaso lo tomó de secretario en la cancellería eclesiástica, poniéndole al frente de los archivos y encargándole de la correspondencia sinodal entre Oriente y Occidente, así como de traducir al latín las Sagradas Escrituras.

El monje de Belén

En el verano del 386, tras la visita a Palestina y a Egipto, es decir, los respectivos escenarios de la Biblia y del monacato, se instala en Belén, lejos de los ruidos de Jerusalén. Al principio de manera provisional, pero luego, al cabo de tres años, de forma definitiva, en el monasterio allí fundado. [...]

La instalación en Belén favorece una intesa actividad literaria: rigurosas traducciones bíblicas, adaptaciones de tesoros exegéticos y, como distracción, alguna que otra novela de hagiografía monástica. [...]

Allí Jerónimo enseña, predica a menudo, escribe obras admirables, alterna la vida, la oración y el estudio defendiendo la ortodoxia frente a origenistas (393-404) y pelagianos, que llegarán a incendiar su convento (417): sólo huyendo puede salvar la vida. En Belén, de todos modos, vive una vida más tranquila que la de Roma. Cuando predica, se dirige a monjes y monjas, parte principal de su auditorio. Que predicara en solemnidades, concretamente en el domingo de Pascua, puede significar que el grupo de monjes latinos, por él patrocinado como presbítero, tenía su culto propio.

Director espiritual del mundo cristiano

El año 393 rompe su silencio epistolar para emprender la que será, en este terreno, la etapa más fecunda. El círculo de corresponsales se dilata; su correspondencia se hace universal; sus cartas ganan los confines de Occidente. Jerónimo será el director espiritual que a todos atiende. El abanico de asuntos es grande, pero hay dos que mueven su pluma con desusada prontitud a la hora de responder: el ascetismo y la Biblia. Buen número de cartas, en fin, afrontan las polémicas entonces abiertas, sobre todo el pelagianismo, la contienda joviniana y el origenismo.

Especial mención merecen sus relaciones con San Agustín. Aquella amistad será entrañable. San Agustín va a ser para el anciano Jerónimo el confidente de los momentos difíciles; con él desahoga el de Belén su preocupación por la amenaza pelagiana de los últimos años, y «no deja pasar hora sin mentar su nombre» (Carta 141).

San Jerónimo fallece el 30 de septiembre del 419, dejando inacabado el comentario de Jeremías, último del ciclo de los profetas. Su fama, la del excepcional transmisor de los textos bíblicos y patrísticos a Occidente, sobrevuela con la altura del cóndor los cielos todos del orbe. Sus obras contienen una documentación griega —exegética, histórica y espiritual— de excepcional magnitud. El eco de su voz resuena por Tierra Santa. Sus cartas navegan hacia Roma, donde dejara tantos amigos, pero al propio tiempo, llenas de luz y calor, llegan a las Galias y a España y a la amada tierra africana de San Agustín. El polvo enamorado de sus restos reposa hoy en la basílica romana de Santa María la Mayor.

Era tan grande su fama ya en vida que los escritos alcanzaban célérica difusión. Él, que había copiado de joven tantos libros para formarse una biblioteca, obtuvo de la generosa Paula un equipo de copistas y se las ingenió como pudo para organizar una tupida red difusora mediante el valimiento de sus amigos romanos y de sus corresponsales. Después de San Agustín es, sin duda, el más fecundo escritor de Occidente.

San Jerónimo es el más grande apóstol del ascetismo antiguo y uno de los hombres más cultos de su época, epistológrafo más que homilista, escriturista más que teólogo, propagandista incansable de la vida religiosa. Su ardiente amor a Cristo le inspiró consagrarse a la divina palabra. Y su capacidad humanística, de corte clásico, alcanzó tal perfección que habría superado a Lactancio en originalidad y potencia expresiva. Gracias a él, la Iglesia latina pudo enriquecerse de los

Padres griegos y leer el texto genuino de las Escrituras Sagradas. Él precisamente es uno de los cuatro grandes Padres y doctores latinos.

Suele afirmarse que se sabía la Biblia de memoria. No extrañe, en cualquier caso, reparando en el dintel de esta lapidaria frase de Jerónimo: «Si, como dice el apóstol Pablo, Cristo es el poder de Dios y la sabiduría de Dios, y el que no conoce las Escrituras no conoce el poder de Dios ni su sabiduría, de ahí se sigue que ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo» (Prólogo al Comentario sobre el profeta Isaías, 1).

Pedro Langa, O.S.A.